

5,512 obispos, 55,460 monjes venerados por su santidad de vida.

25. El patriarca de esta ilustre generacion vivió humilde y mortificado, y los milagros que Dios obraba por su medio le hicieron admirable : solo él ignoraba su mérito y virtudes. No le faltaron pruebas ; porque monjes insumisos llegaron hasta propinarle veneno, que hizo desaparecer con bendecir el vaso que lo contenia ; contentándose Benito con decirles : « Tenga » piedad de vosotros, hermanos, el Omnipotente. Mas, ¿ por » qué tratarme así? Ya os habia advertido que vuestras cos- » tumbres no se avenian con las mias : id pues y buscad un » prelado que os convenga. Yo no puedo serlo ya mas » vuestro. » Y los dejó. Otra tentativa de envenenamiento de parte de un sacerdote envidioso tuvo igual resultado. Recibió de él un pan envenenado ; sabiéndolo por inspiracion, mandó á sus monjes apartasen aquel pan, y les prohibió que hablasen de este hecho por respeto á la fama de un sacerdote tenido erróneamente por bueno. — Hasta entre los Bárbaros penetró el nombre de Benito. Totila, rey de los Ostrogodos, de quien hablaremos muy pronto, quiso visitar á Benito. A la vista de este santo se sintió apoderado de un sentimiento tan profundo de veneracion, que se arrodilló sin osar llegar á él. Benito le dijo por dos veces : « Levantaos. » Pero persistiendo el terrible conquistador en estar arrodillado, el siervo de Dios acercándose al rey godo le dijo. « Mucho mal habeis hecho ya y » mucho haceis todavía : poned término á vuestras iniquida- » des. Entraréis en Roma ; pasaréis el mar y moriréis en el » décimo año de vuestro reinado. » Se realizaron puntualmente las palabras del santo : y Totila reconquistó á Roma. Benito no vivió hasta la toma de esta ciudad en 546, pues murió en 543, lleno de méritos y dejando una posteridad espiritual que se gloria de mandar por sus huellas.

26. Hemos querido dar aquí una corta reseña de los trabajos de san Benito, porque floreció en efecto bajo el pontificado de Bonifacio II, y que durante él fundó el monasterio del Monte Casino. Bonifacio solo ocupó la silla pontifical dos años, y mu-

rió en el mes de diciembre de 531 ; fué enterrado en la basílica de San Pedro.

§ V. PONTIFICADO DE SAN JUAN II (22 de enero de 532-27 de abril de 535).

27. Juan II, llamado Mercurio por su elocuencia, fué ordenado el 22 de enero de 532. Como, por desgracia de los tiempos, la eleccion de los soberanos Pontífices dependia en gran parte del agrado del príncipe, los ambiciosos lo ponian todo en juego para elevarse á esta dignidad suprema. Durante esta vacante habian mediado transacciones simoníacas entre algunos candidatos, y aun hasta se vendieron públicamente vasos sagrados. El primer acto de este nuevo pontífice fué renovar las ordenanzas de su antecesor san Bonifacio contra la simonía. Athalarico, que aun reinaba en Italia, confirmó el decreto con su real sancion, y aun lo hizo grabar en lápidas de mármol colocadas á la entrada del atrio de San Pedro. Sin embargo, por inexplicable contradiccion, permitió á los oficiales de su palacio sacar hasta tres mil sueldos de oro por la expedicion de las letras de confirmacion de los papas. La tasa de los metropolitanos era de dos mil, y de quinientos para los obispos. El producto de este impuesto fué aplicado á los pobres de Ravena, corte de los reyes godos. Esto era paliada usurpacion ; y no podia legitimar el destino de estas sumas á un acto por el cual se arrogaban los soberanos un derecho que solo podian ejercer por el abuso de la fuerza. Pero las circunstancias eran tales, que era necesario someterse á la ley del vencedor para evitar males mucho mayores y mas trascendentales. La Iglesia luchó con paciencia contra estos abusos nacidos de la dureza nativa del carácter de estos conquistadores naturalmente enorgullecidos : mas esta conducta paciente y violenta de la Iglesia no ha podido alegarse jamás como un derecho, pues que la conducta de los reyes godos era diametralmente opuesta, no solo al derecho canónico y tradicion de la Iglesia, sino hasta al derecho civil y de gentes. El sistema pues que intenta sujetar al poder de los príncipes el poder



espiritual de los papas no tiene otro fundamento que la fuerza. Sin embargo de este incidente, la conducta de Athalarico con los papas no era siempre hostil; y nada menos que en 534, Casiodoro, á quien Athalarico acababa de nombrar prefecto del pretorio, escribió á san Juan II pidiéndole el socorro de sus oraciones y sanos consejos: « Por haber llegado á ser presidente supremo del palacio, dice, no he dejado de ser discípulo » vuestro, porque no administramos con justicia y cordura sino » cuando seguimos vuestro parecer. La Silla de Pedro, á » quien admira todo el universo, ha de proteger mas especialmente á los que le son mas afectos; como gobernadores » de Italia, tenemos aun mas derecho, á causa de su dignidad, » á mayor benevolencia de parte vuestra. » Un rey que escogía por ministro suyo á un hombre capaz de tan nobles y piadosos sentimientos, no podía ser enemigo declarado de la Iglesia, ni de la autoridad pontifical.

28. Cuando Juan II ascendía al pontificado, Justiniano continuaba en el Oriente la obra de su antecesor Justino y hacia grandes reformas en favor de la religion católica: no cesaba de buscar medios de atraer los Bárbaros á la fe cristiana, y se esmeraba en sofocar los gérmenes que pululaban aun del eutiquianismo. Para empeñar al papa en su obra, eminentemente católica, envió á Roma á Hipacio, arzobispo de Éfeso, y á Demetrio, obispo de Filipos, como encargados de someter al papa Juan el exámen de algunas proposiciones tachadas de herejía, pero que sostenían con calor los Acemetas de Constantinopla. Estos monjes decían que la santísima Virgen no es verdadera y propiamente madre de Dios, y que no puede decirse: « Uno de la Trinidad ha padecido; *Unus de Trinitate passus est*. Esta proposición, adoptada en tiempo de san Hormisdas por algunos monjes escitas que querían hacerla como verdad de fe, había dado margen á discusiones que no se decidieron; pero san Hormisdas se contentó con vituperar el celo intempestivo y turbulento de los monjes escitas, sin contestar sobre el fondo de la cuestión. La insistencia de estos monjes produjo un exceso contrario, y fué el sostener que Cristo no era *uno de la Trini-*

*dad*, porque á serlo no hubiera podido sufrir la Pasión: esto era ya una herejía formal. Juan II empleó todos los medios para que los Acemetas se dejasen de vagar locamente, y que se atuviesen á una doctrina mas exacta: mas no habiendo podido conseguirlo, los declaró excluidos de su comunión y de toda la Iglesia católica. Dada esta sentencia se la notificó á Justiniano en una carta, cuya copia pasó á los senadores de Roma, como lo habían deseado. Hé aquí un resumen: « El emperador » nos ha hecho saber que se habían levantado en el Oriente » tres cuestiones, á saber: si Jesucristo era y puede ser nombrado *uno de la Trinidad*; si realmente ha padecido en su » carne como hombre, quedando impassible su Divinidad; si la » santísima Virgen ha de ser llamada y ser reconocida verdaderamente *madre de Dios*. Hemos respondido afirmativamente á estos tres puntos, y hemos aprobado la profesión » de fe del emperador, en todo punto conforme á la sagrada » Escritura, á los santos Padres y á la tradición católica. » Cita en apoyo de esta doctrina las autoridades en que se apoya, y declara que los Acemetas han caído, combatiéndola, en la herejía de Nestorio, y han incurrido en la excomunión que se ha expedido contra ellos. El emperador Justiniano insertó esta carta ó respuesta del papa, como ley del imperio, en la segunda edición que hizo de su Código, que publicó en 534.

29. Proseguía Justiniano con perseverancia el restablecimiento de la unidad católica, á pesar de la oposición de una parte del pueblo de Constantinopla y de sediciones promovidas por los herejes en todo el Oriente. En 532 el motín de *Verdes y Azules*, dos fracciones del circo, hizo peligrar al trono, y se debió su pronta represión á la energía de Belisario. Perecieron treinta mil personas en el circo, pagando con sus cabezas su rebeldía. En la Palestina, los Samaritanos llevando á mal la protección que el emperador dispensaba á los católicos, se amotinaron también, y en número de cuarenta mil, se armaron y tomaron la antigua Samaria, hoy Neápolis, hicieron estragos en ella, asesinaron á su obispo, y descuartizaron, después de asesinados, á los sacerdotes. Un capitán de bandidos,



llamado Julian, se puso á su frente y organizó el robo, asesinato y el terror por toda la comarca: y solo pudo ser vencido despues de muchas escaramuzas y combates en que fueron completamente destruidos por las tropas imperiales, quedando en el campo de batalla de Naplusa Juliano con veinte mil de los suyos: los demás fueron hechos prisioneros y vendidos como esclavos en la Etiopia. Llegó á Constantinopla á la vez la noticia de su rebelion y su término fatal: sin embargo Justiniano no queria dejar impunes las ciudades rebeldes de la Palestina. Los pueblos, temerosos del castigo que les esperaba, para conjurarlo enviaron á la corte al santo abad Sabas: este venerable anciano, de edad de noventa y tres años, fué acogido muy honoríficamente por el emperador, el cual habia enviado á su encuentro una de sus galeras, en la cual iba el patriarca Epifanio, que le condujo á palacio. Justiniano le recibió como á un ángel de paz en 531, y perdonó á los culpables. Despues le dijo: « Padre mio, habeis fundado muchos monasterios en las soledades de la Palestina, pedidme para ellos rentas con que se asegure su subsistencia. — No tienen necesidad de los dones de vuestra munificencia, respondió el abad; sus bienes en esta vida y en la otra, es el Dios que alimentaba á Israel en el desierto y que hacia llover el maná del cielo cada madrugada. Nos basta, ó príncipe, el que condoneis á los fieles de la Palestina las contribuciones de guerra y que nos asegureis contra las incursiones de los Sarracenos. » Justiniano, conmovido, accedió á estas demandas, y el santo abad se volvió para morir entre sus amados discípulos el 5 de diciembre de 531, concluyendo así su gloriosa carrera con un acto de caridad. — La iglesia de Alejandria estaba hecha presa de facciones que se disputaban la soberanía: el pueblo mismo se apasionaba por la cuestion de si el cuerpo de Cristo habia sido ó no corruptible; y los monjes eutiquianos fomentaban diestramente estas sutilezas teológicas. « Si el cuerpo de Jesucristo, decian los *corruptícolas*, no era corruptible, es necesario negar la realidad de su Pasion y atribuirle un cuerpo fantástico, como inventaron

» los Maniqueos. — El cuerpo de Jesucristo ha sido siempre » incorruptible, decian otros, porque si confesamos que era » corruptible, admitimos distincion entre el cuerpo de Cristo y » el Verbo de Dios. » — Para salir de este dilema habia un medio muy lógico y sencillo, y era el de admitir en Cristo dos naturalezas, como estaba decidido ya por la Iglesia. Mas la herejía no transige nunca, y ambos partidos comenzaron una lucha que amenazaba degenerar en guerra civil. El emperador Justiniano reunió en Constantinopla muchos obispos para examinar esta cuestion y obligar á admitir la solucion ortodoxa por los disidentes; como se verificó muy feliz y prontamente.

30. En tanto que este príncipe se gozaba en la dicha de hacer triunfar la verdad en estas luchas pacíficas, las armas victoriosas de Belisario, su jóven y ya ilustre general, libertaban en fin el África del duro yugo de los Vándalos. El ejército romano, en número de diez y seis mil hombres, desembarcó sin obstáculo en la costa de Cartago. La causa de estas hostilidades fué la reciente usurpacion de Gelimaro, que habia destronado á su pariente Hilderico para reinar en su lugar. Justiniano, aliado antiguo del rey legítimo, se armó en defensa suya. A la noticia del desembarco de los Romanos, Gelimaro hizo morir á Hilderico, cautivo desde su destronamiento. Esta crueldad precipitó su ruina; porque nadie se levantó para defender tan bajo tirano. Abandonado de sus propios soldados se huyó con su familia á la extremidad de la Numidia, sobre una montaña inaccesible. Belisario encargó de su persecucion á su lugarteniente Pharas. Pero este, respetando á su enemigo desgraciado, le escribió una carta llena de miramientos para empeñarle á someterse; y con esta condicion le prometió vida salva y una subsistencia honrosa. Gelimaro le agradeció sus consejos, y por fin de respuesta le suplicaba *le enviase un pan, una esponja y una lira: un pan porque desde hacia tres meses aun no lo habia catado, una esponja para enjugar sus lágrimas, y una lira para cantar sus lamentos*. Semejante desgracia hubiera movido á compasion si no hubiese sido merecida por una infame traicion y tan bárbaras crueldades.